

LAS PARADOJAS DEL ODIO

Carlos Colina.¹

- ¡Ah! ¡Vosotras ilumináis mi corazón!
- ...Invoca a los dioses para que castiguen a los asesinos.
-¿Y podré pedir sin impiedad esto a los dioses
-¿Por qué no? Deseas a tus enemigos mal por mal.
La Orestíada. Esquilo
- ¡Hermano mío! ¡Funesta la lengua que excita al odio!
Ifigenia de Aulide. Eurípides
- ...No hay ningún mal como el odio.
Sidhartha Gautama.

El odio es un término de connotaciones muy poderosas. Según el DRAE, el odio proviene del latín *odium* y significa “antipatía y aversión hacia algo o hacia alguien cuyo mal se desea”. Según el diccionario del El Mundo en español² es un “sentimiento de aversión y rechazo, muy intenso e incontrolable, hacia algo o alguien”. Entonces, el odio es doblemente perverso porque *desea mal* y porque, al parecer, marca una aversión *incontrolable*.

La fábula bíblica de Abel y Caín, nos hace pensar que el odio es un asunto individual y premoderno. En ocasiones, nos aterra su carácter concreto, individual, íntimo e interpersonal, como el caso de Medea que asesinó a sus hijos, por pasión y venganza, traicionada por su marido Jasón. Existe una tipología de odios desde los más acendrados y caínicos hasta los más leves y cortesanos.

Ahora bien, en los últimos años ha tendido a superarse la interpretación subjetivista e individualista del odio, para leerlo en clave sociológica, en la cual éste fenómeno posee antecedentes y se encuentra, a veces, inducido y organizado. De acuerdo al momento y el lugar, y de cada formación social, adquiere diversas formas. Los odios políticos tienen un carácter imaginario pero sus consecuencias en la esfera pública causan perjuicios muy concretos en los modos de vida de las gentes.

En general, el etnocentrismo cultural implica que se tienden a calibrar positivamente las cualidades del endogrupo y, por el contrario, a evaluar negativamente las características del exogrupo, quien está sometido generalmente a procesos de estereotipación. En algunos casos se alcanza la estigmatización y al odio. Es lo que suele ocurrir en las naciones occidentales con los árabes, generalmente estereotipados como fanáticos y

terroristas, ignorando sus aportaciones a la cultura universal. Es lo que en psicología cognitiva se denomina una distorsión cognitiva, por los efectos de una abstracción selectiva y una generalización. Los árabes no constituyen una étnica homogénea, no todos son musulmanes, ni todos los islamistas son fundamentalistas y violentos.

Odio y violencia

El odio, en tanto sentimiento social, está relacionado con la violencia. Antes de proceder a la necesaria definición de esta última, podemos decir que si algunos plantean una hipotética tendencia natural e histórica a la violencia, es decir, unos anales definidos como la historia de las guerras; a lo largo del tiempo las sociedades han ido inventando y desarrollando instituciones para encauzarla o controlarla, véase, por ejemplo, Weber y la noción del monopolio legítimo de la violencia por parte del Estado. Ciertos autores plantean que son los rasgos de la sociedad en que vivimos los que generan la violencia, y, en muchas oportunidades, “(...) el recurso a la violencia es la expresión de una frustración por la impotencia e inutilidad de las instituciones (...)” (Cruz, 2007:15).

Según el informe mundial de la OMS intitulado *World Report on Violence and Health*, la violencia es:

“El uso intencional de la fuerza o el poder físico, de hecho o como amenaza, contra uno mismo, otra persona o un grupo o comunidad, que cause o tenga posibilidades de causar lesiones, muerte, daños psicológicos, trastornos del desarrollo o privaciones (citado por Briceño León, 2009:16)”.

Ahora bien, los odios humanos son variopintos y algunos de ellos tienen larga data.

Odios prototípicos

Con André Glucksmann podemos hablar de *odios prototípicos, milenarios*, por ejemplo aquellos dirigidos en contra de los judíos, las mujeres y los homosexuales. Para Thiebaut (2007), la homofobia y la misoginia, más que odios personales, cara a cara, son odios públicos o más precisamente, odios políticos. Se asemejan a los odios abstractos porque vehiculan rechazos hacia tipos de personas. Sin embargo, se parecen a

los odios personales, en el sentido de que simultáneamente atan y separan, en un vínculo sólido, al odiado y al odiador. Al odiarse así, se predefinen tipos de relaciones con los tipos de personas cuyas identidades tienen esos rasgos y se representan a esas personas únicamente por esos rasgos. Es la raíz y la consecuencia de los estereotipos de género:

“Si somos cabalmente homófobos, antisemitas, misóginos, racistas, anticomunistas o antiamericanos, no parece que podamos, a la vez, apreciar a un homosexual, a un judío, a una mujer, a alguien de una raza que despreciamos, a un comunista o aun norteamericano (a éste, en tanto odiado, le llamamos gringo (...))” (Idem:42).

La serie de crímenes de odio por orientación sexual o identidad de género, de los que fuimos testigos el año pasado en Venezuela, han sido premeditados desde hace larga data; en los comienzos de la civilización occidental. La tradición cultural judeo-cristiana es homofóbica y misógina. Hace siglos, la institución católica justificó la castración, el destierro y la hoguera. En general, el patriarcado, el heterosexismo y la misoginia, que se une en nuestra región al machismo, intensifica el rechazo hacia las minorías sexuales. Desde la infancia, la nada es cuidadosamente preparada. <No seas marico>, no seas lo que eres, es la negación ontológica por antonomasia, a la que somos sometidos, como una vil amenaza.

Los crímenes por homofobia suelen ser ocultados de diversas formas, entre ellas, al calificarlos de pasionales, pero son generalmente cruentos, atroces, y pueden incluir la tortura previa de la víctima. No es infrecuente el desprecio y negligencia por parte de las autoridades y de los cuerpos policiales.

Según informes de la Asociación Internacional de Gays y Lesbianas (*International Lesbian and Gay Association*, ILGA) en países como México o Brasil son asesinados impunemente más de quince gays y transexuales por mes. Cada dos días asesinan a un homosexual en Latinoamérica.

En el fondo de todo encontramos el rechazo a lo desconocido, a la diferencia, a la otredad. Por ejemplo, la beneficiosa apertura de la globalización también ha estado acompañada por cerrazones como la intensificación del *racismo* y la *xenofobia*.

Desde el punto de vista semántico, extranjero, forastero, significa extraño, de afuera (foras), distinto a los ciudadanos que platican en el foro. Etimológicamente, estas palabras coinciden con la de forajido. Es decir, el extranjero se ubica, desafortunadamente, entre los conceptos de salvaje y enemigo. El Derecho de Extranjería retoma esta noción del extranjero, como aquél que está afuera y es peligroso si entra en contacto con la nación. La idea implícita y explícita de frontera implica la óptica del conflicto. No es extraño que las entidades encargadas de administrar el derecho de extranjería sean los cuerpos militares y policiales. El extranjero es connotativamente el enemigo, delincuente y un potencial infiltrado del estado opuesto. En los diccionarios especializados encontramos extraño, bárbaro, intruso y alienígena como sinónimos de extranjero. Entre las acepciones de extraño encontramos “raro”, que ha sido, por cierto, un apelativo común para referirse a los gays y que ha sido resemantizado de manera positiva en el mundo anglosajón como queer.

La deriva global del odio

El odio se ha internacionalizado y desterritorializado y se ha tornado nómada, para entorpecer las interacciones ciudadanas. De esta manera, desde los albores del milenio, irrumpió anónimamente, contra blancos inesperados, verbigracia, el 11 S de 2001 en Manhattan, el 11M de 2004 en Madrid, en los trenes londinenses, y decenas de ciudades alejadas de los focos bélicos más activos. De esta manera, algunos individuos confundidos entre la multitud ciudadana lanzan bombas contra sí mismos y poblaciones desarmadas. Paradójicamente, ciertos odios, además de despedazar cuerpos y aniquilar vidas, cohesionan algunos grupos. En Madrid escuche en la radio una conversación telefónica entre dos etarras y uno de ellos indicaba que las diferencias se dirimían en la propia acción terrorista. Empero, mi maestro Jesús Ibáñez, en la Universidad Complutense de Madrid, hablaba de las violentas incursiones de la Guardia Civil en el país Vazco.

Para Néstor García Canclini se impone la urgencia de atacar para defenderse de la globalización, por el temor a ser nuevamente colonizados, americanizados o sometidos a algún tipo de homogeneización. En esta postura defensiva cabría apuntar el papel de la ideología marxista tradicional y la fracasada hermenéutica del <hombre

unidimensional>, que al final nunca surgió, porque ante la realidad palmaria de los poderes surge la resistencia, los contrapoderes y las negociaciones. Por razones distintas, el proyecto de <hombre nuevo> que se le contraponía tampoco apareció en ningún contexto post-revolucionario.

Para varios autores, los nuevos riesgos son la multiplicación y dispersión de las referencias culturales:

“(...) ¿Cómo focalizar nuestras admiraciones y rabias en ciudades donde se hablan más de cincuenta lenguas, donde se duda de la democracia, de la medicina científica y del laicismo por motivos dispares, cuando la opulencia multicultural de la televisión, de la gastronomía y de las creencias es administrada por corporaciones, Estados ONG y movimientos estéticos cuyas sedes e intenciones últimas parecen esconderse? ¿A dónde dirigir el malestar en medio de esta abundancia dispersa?” (García Canclini, 2007:25).

En tiempos de globalización podemos afirmar que “(...) lo opuesto al odio es la comprensión compleja de la interculturalidad y la construcción de formas de coexistencia interétnica e internacional(...)”(Idem:27).

Al lado de los delirios de los grupos fundamentalistas islámicos, encontramos las atrocidades de algunos gobiernos terroristas, como el que dirigió J. W. Bush jr, y su atroz invasión “preventiva” de Irak.

El odio del odio

Así como el amor nos funde en sujeto y objeto y nos desvanece como tales, y banaliza los discursos autorreferenciales, el odio simplifica el mundo, a los sujetos que odian y construye sus relaciones. A la larga, los objetos odiados son construidos por sujetos que le pre-existían y que son los verdaderos agentes primarios del odio.

Ahora bien, el odio del odio, reproduce especularmente sus mismos recursos emotivos y su misma negatividad. Como bien pensantes quisiéramos identificarnos con Montaigne cuando indicaba de manera contundente: <odio cruelmente la crueldad>, <odio toda suerte de tiranía, tanto la verbal como la efectiva>, pero es preferible denominar a estas

actitudes rechazos o repudios, porque los desprecios o menosprecios son también formas de odio.

Cabe sospechar de la fina distinción escolástica entre el *odio de abominación* y el *odio de enemistad*, justificable y deseable en algunos casos el primero, condenable el segundo:

“La sabiduría escolástica propuso algo similar a ese intento de solución al diferenciar el *odium abominationis*, que es, primeramente, el firme desprecio de alguna cualidad negativa, y sólo derivativamente de la persona que pudiera poseerlas, del *odium inimicitiae*, que se dirige, por el contrario, a las personas. Mientras el primero es, cuando rechaza el mal, hasta digno de alabanza y no renuncia a su nombre, el segundo es una violación del mandato del amor universal y por ende, condenable”.(Thiebaut,2007:39).

“Empero,(...) abominar de una cualidad pero amar a quien la encarna, parece tan imposible como amar a alguien y abominar de lo le hace objeto privilegiado del amor(...)”(Idem:40).

No es tarea fácil diferenciar un odio malo de un odio bueno. A menudo, el sentirnos odiados es la coartada y el mecanismo sutil de justificación y ocultación de nuestro propio odio. La relación social que establece el odio suele ser bidireccional y recursiva.

Para Thiebaut, desafortunadamente, *el odio siempre nos acompañará.*”(...)No sólo como reducción “(...) de nuestras complejidades, sino como la otra cara, siempre elusiva, pero siempre amenazante, de nuestras convicciones y de nuestras decisiones.”(Idem: 49). Por lo menos, debemos admitir que nuestro ser, como nuestra cultura, está atravesado por una pulsión de vida, pero también por una pulsión de muerte; Eros y Thanatos. Si esta es una lección básica del psicoanálisis; ¿Quién nos enseña cómo responder racionalmente al odio?

Sociedades abiertas y derechos humanos

Como suele ocurrir, la idea no es que la respuesta al daño, nos transmute en otros odiadores, es decir, meros especuladores proyeccionistas del odio y, por tanto, otra de sus víctimas, al haber contribuido a extenderlo y perpetuarlo. Estamos hablando de un

rechazo que no nos ate a él: un odio que no lo sea. *Ante el atropello, la respuesta debe ser el derecho y la justicia, que es a la vez acción y distancia.* Debemos rescatar el concepto central de derechos humanos y la cláusula de <toda persona>, que alude a la universalidad de esas garantías, que no aceptan excepcionalidad. En suma, la promoción de una cultura de paz y del estado de derecho.

Las sociedades democráticas, complejas y abiertas, siempre estarán atravesadas por motivos que las unen y desacuerdos e intereses contrapuestos. Aquellas demandan formas de subjetividad caracterizadas por la reflexividad, la flexibilidad y la complejidad. No se trata de sujetos atados a una identidad. “(...) Los sujetos deberían poder tomar distancias de sus identidades (aunque se constituyan en éstas, por éstas) o no definirse cabalmente en ellas, en cada una de ellas o en una constelación de ellas. Estas formas de subjetividad, que no se agotan ni encasillan en una identidad, parecen ser, precisamente, aquellas cuyos rasgos parecen negar punto por punto los vínculos del odio(...) (Idem:48).

No obstante, en nuestro país el régimen chavista ha optado, desde hace ya una década, por una concepción identitaria, chovinista, cerrada y anacrónica, que niega el carácter constructivo, dinámico e híbrido (mestizo) de nuestras identificaciones culturales. La visión revolucionaria de la <inversión de la tortilla>, ha hecho que la pasada invisibilidad y menosprecio eurocéntricos de las etnias aborígenes y afroamericanas se convierta ahora en preeminencia simbólica, por sobre una herencia hispanoamericana que nos ha conformado desde la conquista y atravesó la constitución de nuestras repúblicas. En este sentido, seguimos oscilando, tal como planteaba Mariano Picón Salas, entre el desdén y la exaltación nacionalista. Y el reclamo continúa siendo la justa apreciación de nuestra diversidad cultural. En los últimos tiempos se suma la exigencia del respeto del pluralismo político y de los derechos y libertades fundamentales.

El marxismo, el <chavismo> y el odio

Al igual que algunas otras ideologías conflictivistas, el discurso oficial del régimen chavista emplea un lenguaje de odio, militarista y bélico, que no define adversarios, sino enemigos. Mientras otros estados repudian directamente la violencia y propician el

diálogo como forma de dirimir las diferencias, el oficialismo usa un lenguaje marxista, revolucionario, ligado a la lucha y al odio de clases. Los nombres de las células organizativas del Partido Socialista Unido de Venezuela (PSUV) aluden directa y denotativamente a unidades bélicas y policiales: escuadras, batallones y patrullas. De esta manera, el escenario que se predefine no es precisamente el diálogo en un ágora posmoderno.”En Venezuela la polarización política tiene una década produciendo una escisión profunda y traumática en nuestro colectivo. La división y el odio entre <ellos> y <nosotros> se ha vuelto un referente cotidiano en el discurso de todos. El deseo de aniquilación del otro o el temor de ser aniquilado es la manifestación de un nuevo semblante del odio” (Lieberman,2009).

La defenestrada <burguesía> de otrora, ahora es sustituida por un sector difuso de la sociedad denominado con el término de <oligarquía>. La abominada <pequeña burguesía> es reemplazada por las clases medias. En su visión dicotómica de la sociedad, a los marxistas le incomodan los sectores medios, que desdibujan el esquema de dos clases enfrentadas, al no sostener una postura política “definida”. Este año, la celebración del Bicentenario de la independencia promete reactivar las interpelaciones “bolivarianas” de la ideología arcaica homónima. Según la comisión presidencial para la celebración de las importantes efemérides (Decreto N°6.015 – 17/04/2008,Gaceta Oficial N° 38.912), “nos corresponde como generación, consumir un proyecto, que se inició en el siglo XIX y aún no concluye”.³

En el marxismo, la explicación reduccionista de la generación de riqueza a través de la tasa de plusvalía es la racionalización e ideologización del odio hacia la clase capitalista, que siempre explota a los asalariados y les sustrae el excedente o plusvalía, que se produce, por cierto, en el denominado tiempo de trabajo adicional. De explotación hay de sobra en la historiografía de las relaciones obrero-patronales y en el capitalismo neoliberal y salvaje, pero la citada explicación de la producción de valor es unidimensional, reductora y caricaturesca. No toma en cuenta sus otras fuentes, diferentes a la fuerza de trabajo, cuestión que resulta un exabrupto en la sociedad de la información.

Para Lenin, el Estado Socialista debía dirigir la sociedad “sin la burguesía y contra ella”. El marxismo establece que el motor de la historia es la lucha de clases y, por tanto, la agudización de los conflictos es valorada positivamente. La lucha de masas de los

bolcheviques primero y de los estalinistas después, es una lucha revolucionaria contra la burguesía, el imperialismo y los <revisionistas>, que son todos aquellos que no interpretan el marxismo como lo hace el partido. Dentro de esta doctrina, el proletariado y la burguesía son enemigos porque son clases antagónicas con intereses irreconciliables. No es aleatorio entonces el genocidio estalinista.

En la versión venezolana del socialismo real, todo opositor es calificado por el régimen de <escuálido>, un adjetivo despreciativo, que en su primera acepción, según el DRAE, significa flaco y macilento, y en su segunda acepción, equivale a sucio y asqueroso; emparentándose con el término <gusano> empleado por el castrismo. En ciertas ocasiones, a partir de nuestro genotipo y fenotipo mestizo, se ha intentado construir imaginariamente un blanco local, como blanco de desprecios, en una suerte de racismo a la inversa.

Ante la emergencia evidente de la <boliburguesía> no deja de ser cínica pero clarificadora la expresión del Ministro de Energía y Petróleo Rafael Ramírez, el 14 de Julio de 2009, ante una reunión de trabajadores de PDVSA en la ciudad de Cabimas ; “..*nosotros odiamos a la oligarquía*”. O el dislate de plantearse, por parte de la Dirección del Metro de Caracas, la eliminación de dos estaciones (Bello Campo, Las Mercedes) de un tramo de la línea 5 porque beneficiaría a los <oligarcas> caraqueños. En realidad, las líneas de acción oficialistas traslucen un desprecio ante todo lo urbano y lo moderno, aún cuando la truncada modernidad latinoamericana y venezolana habla de una tarea pendiente. Los desprecios y repudios indican muchas veces las señas de identidad de los odiadores, en este caso, su ideología y raigambre sociocultural; decimonónica y rural. Comenzamos el año con el anuncio del cierre nocturno de los centros comerciales. La verdadera oscuridad citadina es la ausencia de una vida nocturna. Ahora pretenden iluminarnos con la luz exánime de la estética del socialismo real, con unos bombillos cuyas formas son tan sinuosas como las pretendidas exculpaciones de la aguda crisis hidroeléctrica, en un país con ingentes recursos hídricos y financieros.

A veces, parecemos gobernados y rodeados por los pobladores de la antigua Germania, aquellas gentes de actitudes y conductas destructivas y agresivas, que no se contentaron con devastar a media Europa en el siglo V, sino que expandieron sus demoliciones hacia

África. Los vándalos de ahora no tienen como objetivo un imperio, sino un país atropellado desde siempre por su dirigencia política.

El sistema político actual tampoco se exime de difundir símbolos de la violencia sistemática, tales como el Che Guevara, quien en diciembre de 1964, reconoció en las Naciones Unidas que “*hemos fusilado, fusilamos y fusilaremos mientras sea necesario*”. En realidad, nos encontramos con un militante revolucionario, médico y guerrillero mítico, que combinó de manera ambivalente, sentimientos altruistas y odios exacerbados, de raíces ideológicas.

Gladys Villarroel (2009) apunta el intento de imposición de un programa marxista jacobino, con una visión centralista y totalizante, que privilegia la comunidad por sobre el individuo y tiene como proyecto el dominio del Estado sobre todas las esferas de la vida social, económica y cultural. Paulatinamente, los consejos comunales han adquirido una presencia capilar en la vida cotidiana de los venezolanos de cara a la creación del Estado Comunal, que sustituirá al “Estado Burgués”, denominación del dogma imperante para aludir a la escasa institucionalidad que subsiste de la democracia representativa.

De manera evidente o solapada, algunos de los clichés y eslóganes oficialistas tienen un carácter tanático, verbigracia, <patria, socialismo o muerte>. Además, según Adorno (2006), en regímenes autoritarios como el chavista o totalitarios, como aquellos que se entronizaron en el “bloque soviético”, la intolerancia es un patrón que manifiestan muchos individuos pro-totalitarios hacia distintas minorías de la sociedad. La capacidad generativa del lenguaje de odio del eghemon no ha cesado de producir expresiones aberrantes, desde la famosa frase de freír a sus contrincantes.

Por su parte, los odios no son ajenos a ciertos sectores de la oposición, pero los odios simplifican las representaciones del mundo de los sujetos que odian, el sentido de sus acciones y de sus identificaciones, que se dirigen exclusivamente a la *negación* de lo que se odia. Hasta ahora, no hay un proyecto de país claro que vaya más allá de defender la constitución o los principios liberales clásicos.

“Odiando se simplifican y focalizan negatividades. Se reducen las complejas causas de los descontentos, de los miedos, de los daños, a un único objeto cuya negación o eliminación —se cree—reducirá a polvo esos descontentos” (Thiebaut,2007).

A pesar de que nos es extraño que nos apasione escribir sobre una pasión, apelar al odio o al resentimiento social de un autócrata o de sus seguidores, como el factor explicativo central de la consolidación de un régimen es una tentación del sentido común, porque, efectivamente, desde el punto de vista sociológico, el odio es apenas un epifenómeno, un efecto o una variable interviniente. Empero, una de sus aparentes paradojas es que a pesar de ello, nos seduce como objeto de análisis y escritura, tal como demuestra este ensayo. El odio tampoco comenzó con el chavismo, pero también es cierto que su andamiaje político-ideológico ha esculpido una cultura del odio que tarde o temprano habrá que deconstruir.

REFERENCIAS

Adorno, T., et al. “La Personalidad Autoritaria” (Prefacio, Introducción y Conclusiones). En *Empiria. Revista de Metodología de Ciencias Sociales* N° 12, Julio-diciembre 1996, pp. 155-200. Disponible en: <http://www.scribd.com/doc/13743841/La-Personal-Id-Ad-Autoritaria>

Briceño-León, R. et al. (2009): *Inseguridad y violencia en Venezuela. Informe 2008*. Caracas, Alfa.

Cruz, M. (2007): *Odio, violencia y emancipación*. Barcelona, Gedisa.

García Canclini, N. “Odios globalizados”. En Cruz, M. (2007) *Ob. Cit*, pp. 19-28.

Lieberman, A. “Amor y odio en la práctica analítica: La polarización política como nuevo semblante del odio” En <http://www.ipa.org.uk/default.aspx?page=764&lang=es>

Mongrovejo, N. “Homofobia en América Latina. Parte 2: Técnicas del odio. Del asesinato al silenciamiento absoluto”. Disponible en: http://www.thegully.com/espanol/articulos/gay_mundo/030421_homofobia_amer_lat2.html

Oliván F. “El extranjero y lo nacional”. En Reyes, R. (Dir.) *Diccionario de Ciencias Sociales*. Disponible en: http://www.ucm.es/info/eurotheo/diccionario/E/extranjero_nacional.htm

Thiebaut, C. “Un odio que siempre nos acompañará”. En Cruz, M. (2007). *Ob. Cit.*, pp. 29.50. Disponible en: <http://cceba.org.ar/evento/textos/294-b.htm>

Villarroel, G. “Cosa nueva, cosa vieja. En contexto político de la violencia.” en Briceño-León et al, (2009). *op.cit*, pp. 67-94

¹ Sociólogo y comunicólogo. Instituto de Investigaciones de la Comunicación (ININCO). Universidad Central de Venezuela.

² El Mundo.es/DICCIONARIOS. Disponible en: <http://www.elmundo.es/diccionarios/>

³ <http://www.bicentenario.gob.ve/>

R

y

P